

POR NUESTROS MARES DEL SUR

## *El Camahueto*

Por

Raúl TORRES Rodríguez

Capitán de fragata (R), Armada de Chile

Cada vez que la escampavía regresaba a Puerto Montt, los tripulantes narraban a sus familiares las peripecias experimentadas durante el viaje: malos tiempos del oeste, furiosos temporales del norte, neblinas intensas, chubascos desesperantes. Cierto es que algunos exageraban un tanto la cosa: después de cada comisión, eran verdaderos héroes del mar. No es menos cierto que ese año tuvimos experiencias de valor incalculable: repetidas apariciones del "Caleuche", una peligrosa presencia de la "Viuda", interesantes persecuciones al "Trauco"; dos o tres temporales en las cercanías del Golfo de Penas, que nos tuvieron literalmente perdidos y muchas noches tenebrosas en demanda de Huafo.

Aun cuando los hombres exageraran un poco, eran siempre, para la esposa y pequeños hijos, verdaderos personajes de leyenda.

En verdad había mucho de realidad en todo. Para quienes nos conocían más íntimamente, allí estaba mi contraamaestre Manquecura, supersticioso impenitente; o Juan Soto, que bien podía o no ser "brujo", ¿acaso no sería "artillero", encargado de hacer el mal? Lo cierto es que a él se atribuía —calladamente— todo lo desagradable que ocurría a bordo en aquellas negras y tétricas noches invernales de las islas.

Mi experiencia personal al respecto, tuvo aspectos no menos curiosos. Al ser designado comandante de la "Yelcho", aquel año inolvidable de mil novecientos... , me trasladé a Puerto Montt, con

mi joven esposa. Educada y criada en Valparaíso, aunque nacida tierra adentro, sabía mucho de la vida del mar; desde muchacha, como buena porteña se había familiarizado con la silueta de los buques de guerra o con las franjas multicolores de los barcos mercantes surtos en la bahía; sabía mucho de la historia marinera de "Pancho" y, sin duda, a los trece o catorce años, había sentido la atracción de los botones dorados. Ya mujer, estaba más cerca de quienes juzgan un tanto exagerado aquello de las penurias de los océanos; estaba más de acuerdo —sin duda— con lo expresado por el gran poeta nuestro: "en cada puerto una mujer espera...". Para algunos, no existe un "mar cruel", un Golfo de Penas, un Cabo de Hornos infernal, o un peñón de Evangelistas, un seno de la Última Esperanza, un Cabo de las Tormentas o un bajo Quitasueños. Son sólo imaginaciones de seres ansiosos de aventuras oceánicas.

No hay que extrañarse entonces que la joven esposa del comandante agregara un grano de dudas a la agitada vida de esa "Yelcho" que me tocó comandar. Fue por eso que un día decidí hacerla participar en una de esas bravas correrías. Obtenidos los permisos del caso, la llevé a bordo.

Los primeros días de canales fueron maravillosos. ¿Qué se habían hecho los vendavales del norte o del oeste, las neblinas impenetrables, la blanca y poética nieve, las granizadas hirientes? Nada de eso parecía existir. Por lo demás, mis amigos de Panitao, Caleta La Vega, Puerto Chacao, Mechuque, se habían esmerado en rendir culto a la curiosa pasajera.

En Quellón esperamos informes favorables para seguir a la isla, una ligera tregua que nos permitiera cumplir nuestra misión en Caleta Chica de Isla Huafo. En ese puerto, las atenciones sobrepasaron todo lo esperado y la noche que debíamos zarpar, fue de "mantel largo", hospitalariamente largo. Todos rogaban a mi esposa que desistiera del viaje; varias casas se abrían para cobijarla durante mi ausencia. Pero ella estaba decidida, un solo pensamiento la dominaba:

—Debo conocer personalmente —decía— esa vida de sacrificios que encie-

rra la profesión del mar; deseo experimentar esas mares turbulentas del Corcovado y de la Boca del Huafo.

No hubo forma de convencer a la burlesca viajera. Y partimos. Largo sería describir las mil y una peripecias que pasamos, aunque a decir verdad, esa vez Huafo se portó extremadamente bondadoso; podría decirse que nos recibió como nunca lo había hecho antes, en homenaje a la atrevida dama. No obstante, una marejada irrespetuosa hizo zozobrar a una de nuestras chalupas cargada con personas, corderos y bultos; la escampavía al ancla se balanceaba quince a veinte grados de babor a estribor; olas de alguna magnitud rompían con tono de bajo profundo en los acantilados de la costa. Nuestra compañera creía morir de un instante a otro, pese a las bondadosas atenciones de Valdovinos —mi mayordomo—, que a cada momento acudía a ofrecerle calmantes contra el mareo; juntos la ayudábamos a retener el estómago que parecía escapársele por la boca. Difícilmente, desde la litera pudo observar, alá a lo lejos, el inmenso peñón, con su silueta escalofriante y su blanco faro en lo alto.

Impuestos los tripulantes de las dificultades en que me hallaba, insinuaron a Manquecura que acudiera en mi ayuda.

—Mi comandante —comenzó—, no sé si usted conoce al Camahueto.

—No —respondí— ¿a qué viene esa pregunta, supersticioso incorregible?

—Es que tenemos a bordo raspadura de un cuerno de ese animal y podríamos preparar un brebaje que seguramente evitaría a su esposa mayores sufrimientos. Piense, mi comandante, que de regreso al Corcovado, la cosa puede empeorar y entonces, la presencia de una dama a bordo, enferma como está, puede complicarnos.

Desde luego no le hice caso y como en otras oportunidades, lo despedí del puente con algunos terminachos sabor a brea. Mas, el asunto me quedó dando vueltas en la cabeza. En aquellos días estaba preocupado con mis indagaciones sobre el "Trauco". ¿Acaso conocer al "Camahueto" no sería de tanto o más valor?

El retorno a Puerto Montt no fue nada agradable: comenzó a bajar decidida-

mente el barómetro y un temporal del norte parecía inminente. Fue tanto que, en el Golfo de Ancud, la pasajera estuvo a punto de desembarcar en un islote. Después de los mares de Huafo, para ella sólo contaba la tierra firme, así fuera la única mujer sobre un peñón.

A los cuatro días de habernos amarrado a nuestra querida boya del canal Tenglo, una nueva e inesperada misión nos obligó a prepararnos para zarpar. Esta vez tendríamos que atravesar el Golfo de Penas, para aprovisionar el faro San Pedro, por causa de unas reparaciones urgentes a la escampavía de base en Punta Arenas a quien correspondían tales labores. La circunstancial "marinera" se negó rotundamente a embarcar y desde ese día comenzó a tomar muy en serio nuestras narraciones de viaje.

En esa misión, como en las siguientes, cada vez que nos encontrábamos en las cercanías de algún río o de picachos como isla Sebastiana, isla Tranque, picuta de Carelmapu y otras, hacíamos excursiones en busca del ser de nuestros desvelos, pero todo fue inútil, jamás encontramos ni vestigios del famoso animal.

Al abandonar la zona, hube de conformarme con el obsequio que me hiciera mi buen amigo Ciriaco Alvarez, de un cuerno de pulido marfil, semigastado que, según él, pertenecía a un Camahueto.

Pasaron los años.

Desde la pequeña y noble "María Cecilia", reinicié las indagaciones no solamente sobre este animal, sino sobre los "brujos", el "Imbunche" o la princesa "Pincoya".

Facundo Barrientos, mi "boses" inolvidable, fue un colaborador realmente eficaz.

El "Camahueto", según los hijos de las islas, es un animal que vive oculto, o se deja ver muy de tarde en tarde, sobre quien se tejen variadas historias. Tiene la apariencia de un ternero, según unos, pero a medida que crece, va aumentando su fuerza al extremo que ya adulto, es capaz de borrar a su paso rocas y montañas, arrastrándolas al mar. Es unicornio, aseguran otros, uno de los pocos unicornios del universo, llevando en medio de la frente un hermoso cuerno de marfil; tiene dos cuernos marfileños, aseguran

los más, dos pequeños que brillan como el oro. En lo que todos coinciden, es que posee un espíritu de maldad rayano en lo sobrenatural: provoca las tempestades y crecidas de los ríos; hace aumentar el caudal de los arroyuelos, y, de un mar en calma, levanta tempestades capaces de llevar al fondo del abismo al navío más poderoso.

Sin embargo, de sus cuernos se obtienen raspaduras prodigiosas para preparar brebajes o infusiones capaces de curar cualquier mal. Es por eso que quien posee uno de ellos lo conserva como lo más preciado. El solo frotamiento con éstos produce curas radicales. Por tal razón los "Machis" los emplean con toda eficacia; en los lugares en que éstos ejercen su profesión no existen enfermedades graves. Hasta el terrible cáncer es desconocido.

Facundo, avezado conocedor de los misterios isleños, según sus propias palabras, en cierta ocasión tuvo la audacia de asegurarme que podríamos encontrar algún ejemplar de este apasionante ser, en el salto del río Maullín y hasta allí llegamos con la valiente goleta. De más estará confesar que no obtuvimos ningún resultado positivo, salvo haber resistido una de las mayores tempestades eléctricas nocturnas que pueda recordar en mis largos días de mar. Naturalmente, Facundo culpaba de esto al Camahueto.

En cierta oportunidad, luego de muchas expediciones frustradas, fondeamos en Quicaví. Era un fin de semana, lo recuerdo perfectamente, un fin de semana verdaderamente apasionante. Lo califico así, porque aun cuando no tuvimos la fortuna de dar con el animal de nuestros desvelos, sorprendimos muy cerca de la "cueva de Quicaví" al "Imbunche", con su horrible cara vuelta hacia atrás y su pierna deforme doblada sobre sus hombros; esa noche, además, vimos volar efectivamente a más de un brujo, provisto de su eficaz "mancuña".

En la excursión de la tarde siguiente, Facundo aseguró haber descubierto ciertas huellas que podrían corresponder a un Camahueto. Regresamos a bordo. El experto "boses" confeccionó de inmediato una red apropiada para la caza de animales de gran envergadura, premunidos de la cual regresamos a tierra y la armamos en un barranco junto al mar.

A las cuatro de la mañana, Facundo al remo de nuestro pequeño bongo, me esperaba farol en mano. Había calma absoluta. Cuando varamos la embarcación entre dos peñascos de la costa, la luz del farol marineró se proyectó sobre un sendero que nos llevaba directamente al sitio en que teníamos armada la trampa; mi rifle, bala en boca, garantizaba que la presa no se nos escaparía llegado el caso. No nos equivocamos: enredado y jadeante nos miraba suplicante un hermoso ejemplar ovino. No pude disparar sobre ese ser que parecía implorar piedad. Facundo, el pícaro Facundo, reía socarronamente.

—No dude, capitán —repetía—, el Camahueto es un animal real, no es producto de las afiebradas y supersticiosas mentes de mis hermanas; vive en parajes junto al mar en nuestro interesante archipiélago.

Sigo conservando el reluciente cuerno de marfil, que me obsequiara años antes mi buen amigo Ciriaco Alvarez, y no obstante mi absoluta fe en las lecciones recibidas en las islas de Chiloé, jamás he procurado utilizarlo en su prodigiosa cura de mil males diferentes.

### Nota del Autor:

Repito lo aseverado en otras oportunidades: en todos mis relatos hay mucho de verdad y algo de ficción. Lo primero, porque en todos ellos he participado verdaderamente, al extremo que bien podrían considerarse autobiográficos; lo segundo, porque siempre estimé que quien desee investigar sobre mitos y leyendas chilotas —en nuestros mares del sur—, debe identificarse con los hijos de las islas, que las llevan muy adentro desde el día que dieran los primeros pasos en esas cunas eternamente balanceantes, cubiertas de lonas y cabos viejos. Ellos, muchas veces, dan forma real a seres absolutamente fabulosos, inverosímiles, mitológicos. Tal es el caso del Camahueto.

